

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

LA PIEDRA, CONTRA EL  
EMPERADOR O LA SUBLIMIDAD  
DE UN HEROE



MAUCCI HOS MEXICO

**BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO**  
**SEGUNDA SERIE. — DESCUBRIMIENTOS Y CONQUISTAS**

---

# **LA PIEDRA CONTRA EL EMPERADOR**

ó

*La Sublimidad de un Héroe*

por

**HERIBERTO FRIAS**

---

**Propiedad exclusiva de los señores Maucci Hermanos.**

---

**MÉXICO**

**Maucci Hermanos.—Primera del Relox, 1  
1899**



## LA PIEDRA CONTRA EL EMPERADOR



¡Jamás la ciudad de «Tenochtitlan» presentaba un espectáculo de terror semejante al que aterra-  
ba aquel horroroso día de fines de Junio del año  
de 1520!

...Todas las casas de la ciudad están coronadas por multitud de aztecas que arrojan flechas y piedras sobre los españoles; en las aguas de los canales hay canoas repletas de soldados «mexicanos» que esgrimen sus largas picas—dispuestas para herir á los caballos enemigos—y en los postes que cercan las esquinas hay grupos de hombres que arrojan diluvios de flechas... Arden muchos edificios con largas llamaradas, se nubla la luz con las espesas avalanchas de pedruscos, dardos, saetas, bombas, proyectiles de plomo, humo de la pólvora y polvo del combate, mientras cruzan por las calles los «rodeleros hispanos», abriéndose paso con sus largas «tizonas toledanas» en la mano derecha y defendiéndose con el brazo izquierdo

con los anchos y fortísimos escudos... Y del centro de las escuadras de combatientes españoles, todos vestidos de hierro y compacta formación, de aquel centro, salían á escape los «caballos» briosos, con sus ginetes, que eran valientes y denodados capitanes llevando armaduras soberbias, que resplandecían magníficamente...

Y estos caballeros lanzá en ristre, haciendo cacolear sus corceles, los que llevaban multitud de cascabeles enormes, produciendo estruendosos ataques, se precipitaban sobre los escuadrones de aztecas que en masas profundas cerraban las calles de la ciudad.

...¡Qué horror en aquella batalla!

¡Qué espanto en aquella carnicería y en aquella matanza siniestra que se estaba consumando en las mismas calles de «Tenochtitlan»!

Ahora, agregad á todo esto, los relámpagos y los rayos de los cañones que iban avanzando y vomitando fuego y muerte, abriendo anchas brechas entre las multitudes...

Y luego los arcabuceros y los escopeteros que lanzaban sus lluvias de plomo mortífero... Los soldados españoles gritaban con ronco acento:

—«¡Adelante y Cierra España!» «¡Santiago y Cierra España!»

Los aztecas, teniendo al frente de ellos á sus principales guerreros, arremolinados en compac-

tas masas rugían también sus can'os de guerra; tronaban los roncós y espantosos caracoles; desde los «teocalis» ó templos se dejaba oír el estruendo de los huehuetls fragorosos y de las «bocinas» de guerra, y también oíanse los coros de cientos



de alaridos que pregonaban el odio á los extranjeros traidores que habian profanado al «Imperio México», y que de él se habian burlado, no cumpliendo sus promesas, violando la hospitalidad generosa que se les diera, y más que todo, acuchillando cobardemente á los principales guerreros

aztecas en el interior de su templo, cuando fueron á su fiesta, desconfiados y gozosos—, como que contaban con la palabra de honor y seguridad de uno de los capitales que se decía «hidalgo español!»

¡Tremebundo como nunca es el combate!

Ya no hay misericordia; ya no puede haber pacto alguno entre los aventureros conquistadores y los habitantes de la capital de «Anahuac»... La sangre corría en las acequias, en los canales, en las aguas de la laguna!

¡Y como debéis saber, amigos míos, las llamas tamían el azul del cielo de Junio y densas nublaciones de humo y sangre, fuego y dolor empapaba sombría y lugubreniente los horizontes de «Tenochtitlan...!»

¡Valientes hijos de Tenoch! ¡Muerte á los malvados usurpadores infernales!... ¡Ay! de los aztecas cobardes!... ¡Muerte á los viles que traicionen el sagrado recinto del águila de nuestros abuelos! ¡Sobre ellos, sobre ellos porque son los pérfidos que apresaron al Emperador! ¡Sobre ellos y ¡ay! de quien traicione!...

«¡Santiago y Cierta España!»

¡Adelante!... ¡Adelante!... cortemos las calzadas, ahora tomemos por la izquierda. ¡No importan esos rayos infelices de sus máquinas!... ¿No veis que apenas nos matan unos cuantos? ¡Ade-

lante!... Contra ellos los infernales! ¡Venganza amigos míos! ¡Venganza hijos nobles de «Acausapichtzin y Tenoch»!... ¡Acordaos que no todos nuestros reyes han sido como nuestro vil Emperador...! ...¡Ala-lál! ¡Ala-lá! ¡Venid, estoy aún á vuestro frente para dirigir las batallas, soy vuestro «tetuhtli»; soy el «Tlalcatcatl Cuanhtemoctzin!»...

Los cuerpos españoles, dejando cadáveres de tlaxcaltecas y de ellos mismos en las calles, en las zanjas, en las acequias y bajo los árboles de las calzadas y las orillas de los canales, fatigados y tristes, con inmenso desaliento se retiraron á su cuartel, completamente derrotados.

...¡Llegó la noche y hubo una espantosa melancolía entre el ejército español, allá en su cuartel general que era, como siempre, el palacio de «Axayacatl» donde, por una irrisión de la suerte, aún permanecía preso el vil «Moteczuma» y otros de los principales señores adictos á él...

En torno de aquel palacio el pueblo azteca rompió, sacudiendo con profunda cólera el espanto y la vergüenza de tener un espectro de emperador, encadenado por los extranjeros blancos!

¡Solamente la joven figura del héroe «Cuanhtemoc» se alzaba grandiosa y altanera contra los conquistadores audaces, triplicados en poder, se-

guros de lograr su audaz idea de conquista, coronando sus codicias de oro!...

¡Pero aquella aislada figura de «Cuanhtemoc» valía un mundo... y solo ella bastaría para detener y hacer derrotar la invasión!...

El que levantó en armas en un solo instante á todo «Tlaltelolco» y luego á todo «Tenochtitlan» y en seguida á los pueblos de los alrededores y á las ciudades principales del valle, el que con un grito sublime llamó á los fieles de la vieja raza «nahuatl» y el que los hizo á todos héroes, arrebatándolos con el espectáculo maravilloso de su valor inaudito, -potentísimo y casi divino... ese... fué Cuanhtenoc!

\*  
\* \*  
¡Y él, el príncipe que odiaba á su pariente «Moteuczuma por su cobardía y su infamia; por su vileza, él fué quien organizó toda la campaña contra los españoles, no pudiendo ya resistir el pueblo la indignación que experimentaba después de los asesinatos que Alvarado cometió en el «Templo», mandando acuchillar á todos los nobles y guerreros que danzaban descuidados y contentos en la festividad solemne de lo que llamaban los aztecas «Toxcatl»... celebrando las glorias de la «estación» que daba riqueza á los campos!...

...¡Que siniestramente cayó la noche de aquel día de fines de Junio en el campamento y cuartel-

palacio de españoles que se veían en triple número; pero amenazados por todo un pueblo!

Tenían al emperador de ese pueblo... más ay... aun los mismos aztecas de aquel tiempo sabían ya el modo de apartar dignamente á un emperador tirano.

¿Habéis contemplado el cuadro de guerra y de <sup>\* \* \*</sup>enérgica y formidable explosión del pueblo méxico contra los intrusos aventureros blancos, los de los trajes de hierro, los que llevaban monstruos de bronce que vomitaban fuego y monstruos ligerísimos que conducían guerreros, habéis presenciado la heroica protesta de los hijos de México abatiendo á los conquistadores de calle en calle, de plaza en plaza, hasta hacerlo hundir en su cuartel, en aquel palacio de «Axayacatl», cedido á ellos por Moctezhuma y donde aquellos lo tenían preso?

La explosión del pueblo mexicano, alentado por la actitud heroica de «Cuanhtemoc», había producido esos grandiosos milagros del heroísmo.

¿Y sabéis que Cortés, <sup>\* \* \*</sup>cuando aquellos combates en los que temblaba por la suerte de sus conquistas, tenía tres tantos más de su ejército?...

Ved amiguitos, lo que había sucedido: Pánfilo de Narváez, con «diez y nueve bergantines», mil

quinientos soldados, ochenta caballos, noventa ballesteros, setenta arcabuceros y veinte cañones de los que, se usaban en aquella época, esperó á Cortés cerca de «Campoala», allá en las costas del Oriente...

Aquel jefe, Narváez, venia á castigar á Cortés por haber la conquista, burlando al gobernador de Cuba Diego Velázquez.

Hernán Cortés dejó á su muy amigo Alvarado en México, y con su florido ejército y el mejor y más útil del de Narváez, se propuso arremeter... Por traición tuvo la entrada en su campamento y en unas dos horas ó menos el pobre Narváez estaba preso con Cortés y todos los de su ejército...

¡Y he aquí, que mientras Alvarado en México ejecutaba una espantosísima matanza en los nobles y sacerdotes del templo, allá en la fiesta sagrada, mientras la sangre corría en arroyos en el «tocalli», mientras los hombres vestidos de hierro y esgrimiendo grandes lanzas de Alvarado, cerrando las entradas del templo, cometiendo el más inicuo de los atentados y la hecatombe más espantosa sin disculpa!

¡Hernán Cortés unía su ejército á el del que le iba á prender!...

¿Qué podría temer entonces?

¡Ah!... Unidos ya los dos ejércitos españoles,  
\* \* \*  
¿quiénes podrían resistirles en aquellas regiones

donde el mayor y más espléndido imperio estaba regido por un emperador cobarde y supersticioso?...

—«¡El Anahuac es mío!»—gritó Hernán Cortés cuando vió reunidas sus fuerzas con las de su rival Narváez, con los centenares de miles de aliados de todas las provincias, á más de los valientes de «Tlaxcallan» y los que le ofrecía el joven príncipe «Ixtlixochitl», de Texcoco, ¡insigne traidor, maldecido por la historia!...—«¡México es mío!»

\* \* \*

Pero cuando con más orgullo y placer contaba sus riquezas y los tesoros nuevamente encontrados, en el ejército que por traición y artimañas habían vencido, recibió Cortés la noticia que le enviaba Alvarado de que el pueblo de México se había levantado furiosamente y que le cercaba, amenazando destruirlo todo...

¡Entonces fué cuando emprende el caudillo, acompañado de lo más florido de su ejército y del de su adversario, la marcha hacia México, pasando por «Tlaxcallan», donde se le hicieron suntuosas recepciones por aquellos traidores príncipes que se prestaban gustosísimos al aniquilamiento de su raza!...

• • • • •  
¡Después cayó sobre «Tenochtitlan»! Y entonces ¡qué triste recepción!... Ya el pueblo estaba decidido á arrojar del Palacio de Axayacatl á los es-

pañoles que se habían aliado sobre sus nobles en la fiesta del templo!

¡Ya el pueblo, los nobles y guerreros que no habían sido asesinados, los mismos niños, los ancianos, las mujeres, las doncellas, todos los seres nacidos en la orgullosa «Tenochtlan», tomaban las armas y coreaban á los falsos huéspedes en su palacio, allí donde gemía el tristísimo emperador Moctecuhzoma!

·Cuando entró Cortés, la ciudad estaba aparentemente desierta... Apenas salieron á su encuentro algunos hombres vestidos de hierro mandados por Pedro de Alvarado... Las únicas palabras que pudo comprender Cortés de los aztecas que había en las azoteas de los templos y palacios, eran éstas:

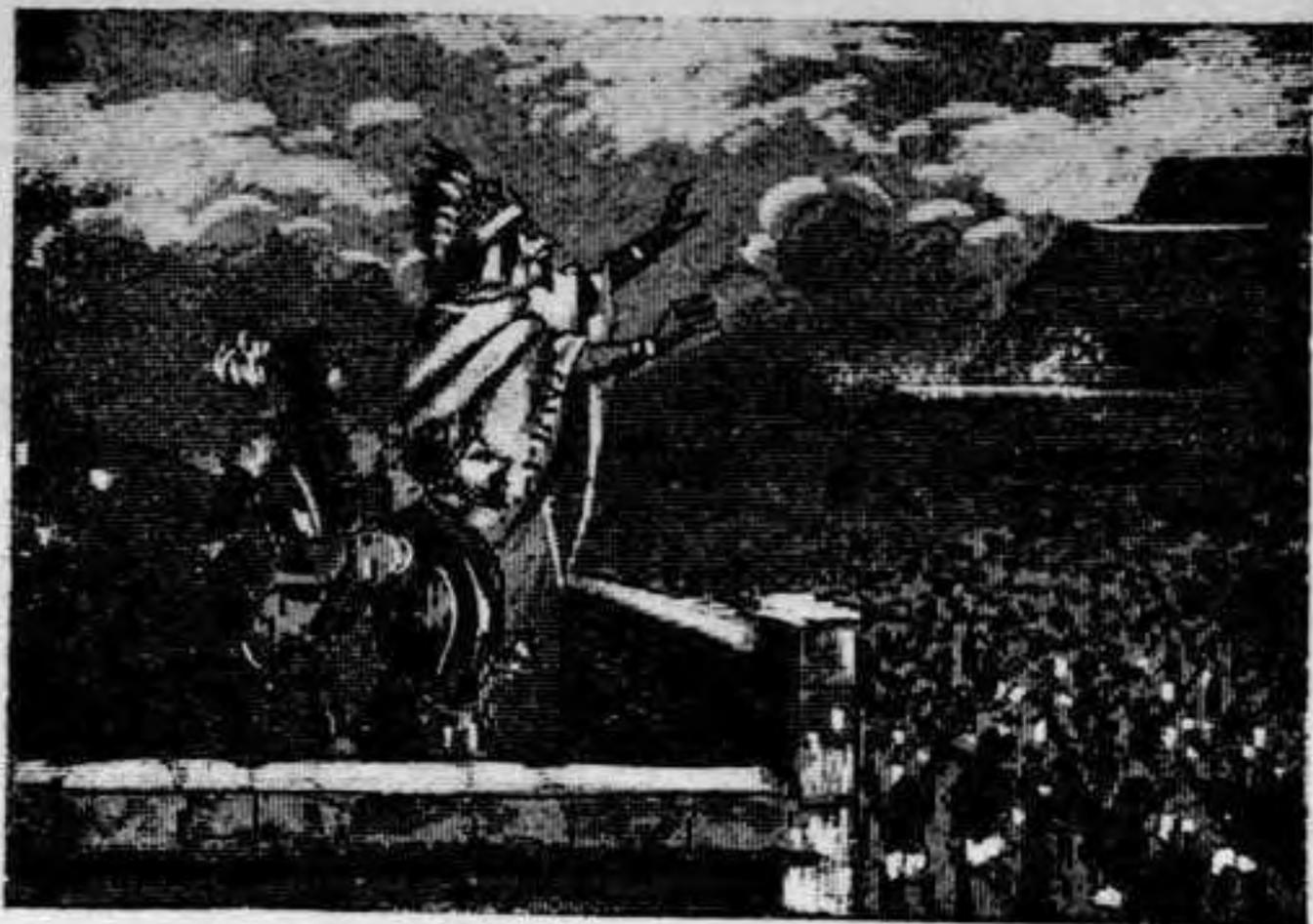
—¡Venganza y muerte!...

Y desde entonces, amiguitos, ya no hubo paz. Ya no hubo modo alguno de amistad con los aztecas... ¡Estalló la guerra!... ¡Tremenda, espantosa, sangrienta, abominable, inaudita y portentosa guerra!

¡Entonces fué cuando los aztecas atacaron varias veces á los españoles en su cuartel, abriendo espantosas brechas, cubriéndolo bajo nubes de piedras como una tempestad!... Los españoles, armados de pies á cabeza, en escuadrones, con robustos rodeleros y con su artillería, precedidos por los caballos que llevaban estruendosas campani-

Las y ginetes estorzados con lanzas larguísimas, y detrás los falconetes y los arcabuces que hacían fuego, salían en columnas contra los mexicanos!

Trabábanse horribles combates... las acequias se llenaban de muertos .. se incendiaban las ca-



sas donde había aztecas que arrojaban vigones tremendos y verdaderas rocas... El fuego, el humo, el polvo, las piedras, las vigas, la sangre y las chispas se arremolinaban en la batalla entre el fragor de la pelea, los tumbos y los estallidos, las maldiciones, los ayes de los heridos y las amena-

zas de los que vencían, como si fuese ya el juicio final ó el eterno infierno.

¡Pero los españoles quedaron derrotados cuatro días seguidos, uno tras otro, sin poder lograr la más mínima victoria!

¡Ay! en vano Cortés, á caballo, arengaba á sus soldados en lo más recio de la pelea; en vano agitaba en el viento su estandarte magnífico, gritando con el mayor entusiasmo: «¡Santiago y Cierra España!» Todo era en vano... los aztecas emprendían furiosos ataques; usaban lanzas larguísimas, cuyas puntas estaban hechas con espadas cogidas en los anteriores combates á los mismos enemigos españoles, y con estas lanzas acometían vigorosamente á los caballos, los herían y despanzurraban, produciendo verdadero pánico, pues Hernán estimaba en más un caballo que un hombre!... ¡Ah!... ¿Y los «tlaxtecas?...» Estos, como comprenderéis, amiguitos, atacaban en mayor número á sus eternos enemigos los aztecas... y caían sobre ellos en bandadas, pero también caían en nubes acometidos por los méxica que en dos por tres daban cuenta de ellos en medio de una espantosa gritería de odio!...

¡Y nada!... ¡La derrota fué para los extranjeros usurpadores; para los blancos audaces!... Tuvieron que reunirse, muertos de hambre ya, pero siempre con sus tesoros, con el oro quitado á «Moctecuhzoma», con el del palacio de «Axaya-

catl» y con el que obtuvieron en sus robos en Texcoco, en el palacio de «Netzahualcoyotl»... ¡Tu- vieron que reunirse ya decididos á salir para siem- pre los audaces aventureros!... ¡Tal era su des- aliento!... No obstante, al siguiente día, Cortés, después de enterrar sus muertos y de hacer curar como se pudo las heridas, mandó construir in- geniosas máquinas de guerra, que eran como for- talezas hechas con troncos de árboles, que roda- ban sobre ruedas enormes, y los que podían llevar arcabuceros, un cañón, flecheros y un jefe... además escalas para arrimarse á las casas y poder prenderles fuego...

Y volvió el ataque de los sitiados españoles con- tra el pueblo en las calles de México... y allí estu- vo al frente de los mexicanos el bravo «Cuauhte- moetzin», dictando órdenes, exponiendo su vida para dar ejemplo de valor, multiplicándose subli- me, como un águila inteligente y que por gracia divina se humanizara para mejor defender la cau- sa de la patria!

¡Las máquinas quedaron destrozadas; los es- cuadrones españoles derrotados y vueltos á su cuartel, dejando en calles, calzadas, puentes, ace- quias y pasillos, rastros de viva y caliente sangre, contristado el ánimo y pálido el rostro!... ¡Era una nueva derrota!...

Al día siguiente Cortés<sup>\* \* \*</sup> ideó que el pobre mo-

narca preso arengara á su pueblo para contenerlo y tener un respiro para todos aprovecharse de él y salir de «Tenochtitlán»...

¡Infeliz emperador!...

¡Cuán tristemente yacía encaderado en un rin.



cón de un palacio magnífico, en el que ocupaba el lugar que se cedía á las ratas favoritas de los servidores!

¡Ah Moctecuhzoma!...

Ahora ved qué espectáculo:

Cuanto más aulla el pueblo y más se escucha la voz del ejército que sitia el palacio; cuando todo es pleno combate, hay repentina tregua: el monarca aparece allá en lo alto de la terraza, acompañado por dos soldados españoles y por la Malinche... Moctecuhzoma gritó:

¡Sí, mi pueblo, amado pueblo mio: cese esta lucha contra mis buenos amigos, servidores de un poderoso señor;... cese toda esta guerra, lo suplico y lo ordeno!... Si estoy aquí, es por mi voluntad... ¡Retiraos y respetad á los blancos, porque también se retirarán!...

Hubo un momento de horrible estupor en la muchedumbre... Nadie sabía qué hacer... ¿Obedecer al pobre monarca?...

Entonces fué cuando «Cuahutemoc» arrancó de un azteca la onda y picetra, y apuntando certeramente, derribó con el proyectil á Moctecuhzoma, gritando:

—¡Tomal... ¡Oh vil azteca!... ¡Traición mereces, ludibrio, menguado, mujerzuela de los hombres blancos!... ¡Maldito!...

El rey cayó de espaldas... el pueblo aplaudió y continuaron los combates...

FIN